

Opción, Año 32, Especial No.13 (2016): 583-608
ISSN 1012-1587

Lady Florence Dixie: el viaje como medio de emancipación femenina (1879)

María Eugenia Allende-Correa

Universidad de los Andes

Chile

meallende@miuandes.cl

Resumen

En la era victoriana los viajes se convirtieron en una herramienta eficaz en la lucha por la emancipación femenina, pues permitieron a las mujeres ampliar su participación en el espacio público. Una de las grandes trotamundos de esta época, fue Florence Dixie, primera mujer en visitar la Patagonia por motivos recreativos. El objetivo de este artículo es explicar cómo Dixie utilizó este viaje para destacar el potencial de la mujer y argumentar por qué se considera que fue diferente a otras viajeras. El análisis de su testimonio Across Patagonia (1880) refleja que su experiencia fue más que una aventura turística.

Palabras Clave: Florence Dixie; viaje; victorianas; feminismo; emancipación.

Lady Florence Dixie: the travel as a way of feminine emancipation (1879)

Abstract

In the Victorian era travels became an effective tool in the struggle for women's emancipation, because they expanded their participation in the public sphere. One of the greatest globetrotters of this time was Florence Dixie, the first woman who visit Patagonia for recreational purposes. The aim of this article is to explain how Dixie used this trip as a way of highlight women's potential and present arguments regarding why she is consider an unusual Victorian traveler. An analysis of her testimony *Across Patagonia* (1880) shows that her experience was more than a touristic adventure.

Keywords: Florence Dixie; travel; Victorian women; feminism; emancipation.

1. INTRODUCCIÓN

La época victoriana (1837-1901) fue para Gran Bretaña un periodo de esplendor y prosperidad, en el cual esta nación se encumbró como la más grande de las potencias imperialistas. Todo este inmenso poderío, llegó acompañado de una afición por la aventura y lo desconocido, que se tradujo en numerosas travesías que hicieron del XIX, un siglo en el que los viajeros fueron sus grandes protagonistas.

Este gusto apasionado por viajar no fue algo reservado solo al mundo masculino. El atractivo por visitar tierras remotas llamó la atención de un sinnúmero de mujeres, pues muchas se atrevieron a dejar sus hogares para vivir lo que sería una experiencia única. Por diversos motivos –ya sea como viudas, solteras, casadas o religiosas– intrépidas inglesas recorrieron los más variados destinos, desafiando con ello el estigma de que su lugar propio era únicamente el hogar. Las británicas constituyeron el grupo más numeroso de las trotamundos europeas y sus testimonios se

encuentran entre lo más valioso de la literatura de viajes de esta centuria. Maria Graham, Isabella Bird, Mary Kingsley, Annie Brassey, Marianne North, Gertrude Bell, entre otras, son solo algunas de las más conocidas, pero en ningún caso las únicas.

Las mujeres debieron enfrentar muchísimas barreras para emprender un viaje y obtener el mismo reconocimiento que los hombres, pues desde niñas habían enfrentado prejuicios y convenciones que limitaban sus posibilidades. “Veían cómo la masculinidad era sinónimo de libertad física y geográfica: ropa cómoda y cuerpo atlético, paso seguro a los espacios públicos, que los hombres hacían ver como peligrosos para quienes llevaban faldas” (Mitchel, 1995: p. 105). Se creía que si realizaban actividades de mayor esfuerzo físico, como los deportes, corrían el riesgo de dañar sus cuerpos y esto les impediría cumplir con su función más importante: la procreación (Goodman, 2014: p. 150). Incluso se consideraba necesario que utilizaran implementos que les afirmasen mejor sus órganos, siendo el incómodo y asfixiante *corset* una prenda no solo estéticamente aceptada y a la moda, sino también útil para este fin.

Si bien veían limitados muchos de sus derechos y posibilidades de realización, esto no quiere decir que se las deba encasillar dentro de un solo estereotipo. “Sería erróneo creer que esa época se caracteriza únicamente por la larga dominación, por la absoluta sumisión de las mujeres. En efecto, el siglo XIX, señala el nacimiento del feminismo” (Duby & Perrot, 2005: p. 21). Para ellas, este periodo fue también un momento de cambio, que anunció todas las transformaciones a su favor que se darán después en el siglo XX, cuando alcancen plenas libertades civiles y políticas. A lo largo de estas décadas, fueron rompiendo esquemas y derribando prejuicios y resistencias, dentro de un contexto en el cual el individualismo tuvo gran protagonismo, que llevó a muchos cuestionarse: “¿si las mujeres son individuos, por qué tratarlas como menores?” (Ariés & Duby, 2001: p. 557), pregunta que luego anunciaría la posterior emancipación femenina.

Los múltiples ejemplos de viajeras, escritoras, periodistas, artistas, entre otras, se contradicen con la idea de que toda mujer

europea, en particular la victoriana, estaba exclusivamente recluida en su rol familiar. En este sentido, los viajes son un factor muy importante a considerar, pues fue uno de los ámbitos en donde las mujeres se sintieron independientes, ya sea porque estuvieron lejos de las convenciones sociales o simplemente porque luego pudieron escribir sobre las aventuras emprendidas. Por esta razón, es posible afirmar que una de las principales motivaciones de estas travesías, fue introducir en el público nuevas ideas acerca del potencial de la mujer (Frawley, 1994).

Entre la lista victoriana de las grandes viajeras de la época, destaca en particular Lady Florence Dixie (1857-1905), una británica audaz y polémica. Viajera, escritora, activista, reformadora social, notable atleta y enfermera, corresponsal de guerra, destacada feminista y, sobre todo, pionera, puede ser considerada con justa razón, como una de las trotamundos más importantes de este periodo. En 1879 se convirtió en la primera mujer que visitó la Patagonia por motivos recreativos y dejó un testimonio literario sobre esta experiencia. Esta aventura ecuestre – que la llevó a recorrer las solitarias pampas patagónicas, desde Punta Arenas hasta el hoy conocido Parque Nacional Torres del Paine (Chile)– le significó ser considerada como la primera turista de esta zona. La elección de este lugar, junto con otras particularidades, permite afirmar que esta inglesa no fue una viajera común.

2. FLORENCE DIXIE: ¿UNA VIAJERA VICTORIANA?

Las europeas que visitaban América del Sur compartían dos grandes rasgos: un deseo de realización y la capacidad de hacer frente con firmeza y determinación al peligro, y lo inesperado (Robinson, 1995: p. 416). Ciertamente no era lo mismo turistar por los fiordos de Noruega o por tierras italianas, que recorrer la cordillera de los Andes o la cuenca del Amazonas. Tras grandes personajes como Alexander von Humboldt y Charles Darwin, hubo mujeres que también se atrevieron a adentrarse en sitios desconocidos o con fama de peligrosos.

Entre los misteriosos parajes de este continente, existía una zona remota y solitaria, cuyas tierras permanecían en su gran parte, aún

vírgenes a la presencia humana: la Patagonia. Su extensión, problemas de soberanía y desconocimiento, contribuyeron a que fuera objeto de atractivos y misteriosos mitos. Tierra de “gigantes” y “caníbales”, cuna de una ciudad de oro perdida, dueña de mares tormentosos, fueron algunas de las cualidades y leyendas que encandilaron a sus visitantes durante siglos. Florence Dixie decidió que sería este el primer destino de sus viajes, determinada a emprender una hazaña nunca antes realizada por una mujer. Fue así, la principal impulsora de una empresa sin precedentes, que la llevó a recorrer por seis meses distintos lugares de Sudamérica, entre los que se cuentan, Río de Janeiro, Montevideo y Paraná, siendo el sector austral de América el objetivo central del trayecto. Al retornar a su patria publicó con éxito *Across Patagonia* (1880), dando inicio a una productiva carrera literaria que luego le abrió las puertas para participar en el ámbito público y dedicarse a un activismo político y social intenso. A partir de entonces, comenzó a distinguirse como una viajera distinta de la mayoría de aquellas que ganaron reconocimiento gracias a sus travesías durante la era de la Reina Victoria.

2.1. VICTORIANA EN LAS APARIENCIAS

Para comprender su singularidad, es importante destacar, en primer lugar, las principales semejanzas que Dixie comparte con sus pares. A pesar de ser una de las mujeres más polémicas de su tiempo, fue más “victoriana” de lo que ella misma o sus contemporáneos creían, pues también representó muchas de las características propias de las inglesas que salían de viaje en la segunda mitad del siglo XIX.

La primera y más evidente similitud es el gusto por la aventura y el interés por demostrar que las mujeres podían embarcarse hacia lo desconocido o lejano. Este aspecto, acompañado de un amor por la vida nómada, la sitúa dentro del grupo más célebre de las victorianas. La descripción que hace de ella el escritor W. D. Adams, en *Celebrated Women Travellers of the Nineteenth Century* (1883), podría ser perfectamente la de la famosa trotamundos Isabella Bird (1831-1904) o la misionera Annie Taylor (1855-

1922), primera mujer europea en ingresar al Tíbet. El autor señala que esta inglesa es una “enérgica e inteligente mujer, que puede recorrer con mano firme y enfrentarse a todo tipo de situaciones peligrosas” (Adams, 1883: p. 443). Retratarse como valientes y capaces era una característica común entre quienes publicaban sus travesías.

Para lograr este reconocimiento, una de las estrategias narrativas que utilizaban autoras como Dixie consistía en construir su identidad sobre la base de sus logros físicos, al exagerar distancias geográficas, psicológicas y morales en sus travesías (Frawley, 1994: p. 38). Diversas descripciones de sus textos tienen una cuota de dramatización para despertar el interés del público. La introducción de *Across Patagonia* es una prueba evidente de ello, al destacar la reacción que generó entre sus conocidos la noticia de su partida: advertencias como que será devorada por caníbales y que esa región solo ha sido visitada por aventureros locos (Dixie, 1880: p. 1) son algunas de las frases que incluye para llamar la atención. Mary Kingsley, destacada exploradora victoriana, recurre a la misma táctica en *Travels in West Africa* (1897):

Les pregunté a todos mis amigos qué sabían sobre África Occidental. La mayoría no sabía nada. Unos cuantos dijeron: «Oh, no puedes de ninguna manera ir para allá» (...) Así que volví mi atención hacia los médicos y los interrogué: «El lugar más mortífero de la tierra» me contestaron... (Kingsley, 1897: p. 2).

La superación de obstáculos hacía más atractivo el relato, sobre todo en el caso de quienes decidían viajar sin compañía, como lo demuestra Isabella Bird en su excursión por las montañas rocosas de Norteamérica (1881). En una ocasión, un hombre se mostró indignado al ver que iba sola, porque de seguro iba perderse y luego morir de frío. Pero Bird con orgullo, explica que cuando esta persona se enteró de que ella, a pesar de ser mujer, ya había sobrevivido a una tormenta y recorrido seiscientas millas a caballo en medio de la cordillera, la trató con gran respeto, como a un *igual* (Bird, 1881: p. 281). Lo mismo quiere demostrar Dixie en su travesía patagónica; una mujer realizando una aventura de

“hombres”. Va acompañada, pero relata que muchas veces se adelantaba y tenía que esperar a los demás: “avanzando más rápido que mis compañeros, pronto estuve lejos delante de ellos” (Dixie, 1996: p.183).

Otra cualidad que la asemeja a sus contemporáneas es la preocupación por la vestimenta y el aspecto. La apariencia constituía un tema importante en los diarios de viaje femeninos. En ellos, las mujeres describían lo difícil que era mantenerse “presentable” después de una larga excursión. En *Across Patagonia*, la autora señala que, al regresar a la colonia chilena de Punta Arenas, su aspecto y el de sus compañeros era realmente horroroso (Dixie F., 1996: p. 244). Como otras, advierte que uno de los grandes desagradados de viajar, además de la suciedad, eran las quemaduras e hinchazón del rostro tras la exposición al sol y al viento, observación que también se ve en los testimonios de las victorianas Isabel Burton y Cornelia Mary Speedy. La primera confiesa que se escondió en su camarote por vergüenza, tras constatar el estado de sus ropas y el matiz rojizo de su tez, luego de un ajetreado viaje por Brasil (Hodgson, 2006: p. 199). Por su parte Mrs. Speedy, quien realizó un safari en Sudán, afirmaba: “mi cara estaba horriblemente quemada y mis labios muy adoloridos (...) No pude tocar mi rostro con agua por dos días” (Czech, 2002: p. 20).

No todo era placentero en una travesía. Estos contratiempos eran aprovechados por quienes no veían con buenos ojos que las mujeres viajaran. Por ejemplo, los médicos buscaban moderar el entusiasmo por salir, insistiendo en los daños que provocaba el sol en la piel, y en otros ítems como los caóticos transportes que se utilizaban fuera de Europa, que supuestamente dañaban los órganos (Duby & Perrot, 2005: p. 505). Lady Florence también vivió en carne propia este último problema al sufrir, en un solo día, tres accidentes en coche en Brasil, de los cuales salieron muy magullados, pero ilesos (Dixie, 1880: p. 25). “Sobrecargar de precauciones y de deberes a las mujeres –la molestia de los baúles, la angustia de los horarios, la incomodidad o los encuentros desagradables– era una manera de disuadirlas” (Duby & Perrot, 2005: p. 505). Aunque se insistía en estos fastidiosos reveses para evitar que se siguiera propagando el frenesí viajero femenino, lo cierto es que la mayoría, al igual que

Dixie, relataban este tipo de dificultades con gracia y simpatía, exponiéndolos para demostrar que a pesar de todo, era una experiencia enriquecedora. Los obstáculos solo las hacían más fuertes.

Otra similitud relevante es la visión imperial y colonizadora que retrataban las viajeras en sus diarios. Las aventureras victorianas, tuvieran o no la intención, reflejaban que eran parte de un inmenso imperio formado por una civilización que se percibía como superior. Los británicos se sentían exitosos y esa sensación es la que transmiten los textos de *travel writing*. En ese periodo, apenas hay literatura de viajes hispana, porque España vivía una profunda crisis. Las viajeras españolas más conocidas se adelantaron a su tiempo, porque “no se corresponden en época y ni en destinos con las viajeras europeas de los siglos XVIII y XIX” (Hodgson, 2006: p. 201). La mayoría de ellas salió de su hogar en los tiempos en los que su patria tenía un gran imperio en ultramar, contribuyendo al proceso de conquista y colonización iniciado tras el descubrimiento de Colón. Pero ya en los años en los que brillaron las trotamundos europeas, a España solo le quedaba el recuerdo de haber sido una potencia, pues había perdido casi todos sus territorios fuera de la Península Ibérica. Gran Bretaña y Francia, en cambio, vivían un periodo de esplendor, lo que influyó en que gran parte de los textos de exploración y viaje en el siglo XIX, correspondiera a estas nacionalidades¹.

Lady Dixie refleja esa conciencia de éxito y escribe no solo para participar de la vida pública, sino también porque, como buena inglesa, considera que tiene algo digno que contar. Aunque luego de su experiencia como corresponsal de guerra en Sudáfrica (1881) criticara duramente las políticas imperiales, en *Across Patagonia* se distinguen varios pasajes en los que refleja ese orgullo característico de la era victoriana. En su paso por Río de Janeiro, cuenta que la cima del monte Pan de Azúcar solo ha sido alcanzada por los británicos y varias veces repite la idea de no hay nada mejor que lo inglés, señalando por ejemplo, que “uno no necesita salir de Inglaterra en busca de paisajes encantadores y románticos” (Dixie, 1880: p. 26). Constantemente destaca a su patria como baluarte de la limpieza y del progreso, afirmando en una ocasión que, para

evitar el contagio de la fiebre amarilla, no se necesita de ninguna brujería, sino tan solo de una escobilla y de un buen jabón Windsor (Dixie, 1880: p. 28).

También se percibe en ella un racismo propio de la época, cuando se relaciona con culturas diferentes, sobre todo con los afroamericanos que ve en Brasil y con los indígenas tehuelches en Chile. Con respecto a los primeros, no tiene el menor reparo en manifestar su desagrado al decir que “gesticulaban como monos” (Dixie, 1880: p. 16); y en cuanto a los segundos, pese a destacar ciertas cualidades, considera que son una tribu alcohólica, con tendencia a sustraer lo que no es de su propiedad (Dixie, 1880: pp. 62-73). De los aborígenes fueguinos que se cruzan en su recorrido, solo se limita a decir que son “caníbales”, sin duda, teniendo como base la obra de Darwin y de otros viajeros que son de la misma opinión. Cree que se ha librado de los prejuicios de su sociedad, pero en realidad los lleva consigo y los pone por escrito, al presentarse a sí misma como una europea culta y letrada, representante de una civilización superior.

Este orgullo por el predominio de Gran Bretaña era retratado constantemente en los diarios de viajes femeninos, como así también lo demuestra el testimonio de la misionera Annie Taylor. Luego de ser traicionada y capturada en el Tíbet, con calma y confianza afirmaba: “Soy Inglesa y no temo por mi vida” (Birkett, 2004: p. 65). Las viajeras eran testigos fieles de esa época de esplendor y llegaban a los lugares que recorrían con esa visión colonizadora, aunque no todas se percataran de ello.

Por último, Florence Dixie también utilizó sus viajes y hazañas como plataforma para comenzar a escribir y participar de la vida pública, rasgo muy propio de aquellas que querían ser reconocidas. Como otras, profesionalizó sus aventuras y les dio un sentido a sus travesías.

2.2. SIN MODESTIA NI PROTECCIÓN: DIXIE COMO UN MODELO ALTERNATIVO DE FEMINEIDAD

“Sería difícil encontrar un carácter más egocéntrico y al mismo tiempo más fascinante. He aquí una mujer, Lady Florence Dixie, que es más parecida al hombre ideal de su sexo y sin embargo, así es mucho más ella misma” (One Noble Women, 1902).

A pesar de las semejanzas mencionadas, hay una serie de particularidades que demuestran que Lady Dixie representó la figura de una viajera que constantemente desafiaba al mundo victoriano, una contestataria del sistema y de los códigos que rodearon a su sociedad a fines de siglo. Eso la aparta de gran parte de las trotamundos de su nacionalidad. Al exponer sus peculiaridades no se pretende afirmar que era la única viajera destacada de su tiempo. Solo se busca mencionar aquello que la hace ser singular dentro del conjunto de las victorianas famosas.

Basándonos principalmente en su obra sobre la Patagonia, es posible constatar algunos contrastes entre ella y otras viajeras. En primer lugar, las mujeres, por lo general, intentaban “domesticar” sus actividades mientras estaban en el extranjero (Frawley, 1994: p. 38). Con la intención de demostrar que lejos de su patria seguían jugando el rol de “amas de casa”, se preocupaban de todos los detalles que pudiesen hacer más acogedores los sitios en donde alojaban y los lugares que visitaban. Mary Kingsley, una de las exploradoras más osadas de su época, demuestra en *Travels in West Africa* que, pese a todo, no olvida cuál es el papel que le corresponde como mujer. Después de haber cruzado pantanos peligrosos, descender ríos en frágiles canoas y caminar en medio de la jungla, parece increíble que describa escenas como la siguiente: “Me limité a la verdadera esfera de la mujer, atendiendo a las demás humildemente, repartiendo vino, botellas de agua Vichy, vasos y platos para comer” (Kingsley, 1897: p. 93). Kingsley y otras trotamundos como Bird, insistían constantemente en sus escritos que llevaban ropa femenina, que jamás usarían pantalones y que sus apariencias eran acordes a lo tradicional y respetable.

Este rasgo de docilidad femenina no se observa en *Across Patagonia*, salvo en los casos en los que, por ejemplo, Dixie se

ocupa del campamento y comprueba que todo esté en orden. Esa preocupación que podría retratarla como una mujer pendiente de mantener un ambiente grato y hogareño –en un contexto tan inusual como la pampa patagónica–no parece ser lo que ella quiere mostrar. Su objetivo es otro; resaltar su aptitud como líder del grupo, siempre pendiente de cualquier eventualidad que pudiese ocurrir, sin permitir que su sexo se convierta en una barrera. La mayoría de las aventureras no incluía en sus testimonios detalles que pusieran su femineidad y valores en tela de juicio y omitían lo que pudiera ponerlas en entredicho (Hodgson, 2006: pp. 6-7). Florence Dixie por el contrario, no excluye aquello que otras prefieren no mencionar, y en la Patagonia se muestra como una mujer fuerte y activa que se resiste a algunas de las costumbres de su entorno, sin recluirse en aquello que se consideraba como la “verdadera esfera” de la mujer. A lo largo de la narración, destaca constantemente que era la única mujer del grupo, dejando a sus compañeros, entre ellos a su marido, en un plano inferior.

Por otra parte, el rol que cumple su esposo, sir Alexander Beaumont Dixie, en *Across Patagonia* es casi nulo, apenas se menciona su presencia. Mientras otras sitúan a sus maridos como actores principales en sus diarios, Florence se centra en ella misma, siempre como protagonista indiscutida. Esta diferencia se puede apreciar comparando el relato de Dixie con obras como *My Wanderings in Soudan* (1884), de Cornelia M. Speedy, pues las autoras son casi contemporáneas. Speedy en su obra, se enfoca mucho más en las actividades y virtudes de su esposo, restando importancia a su papel, pese a que lo acompañó en todas las excursiones. Son tantas las ocasiones en las que lo nombra, que no cabe duda de que Charlie Speedy, más que ella, es el centro del relato. Por ejemplo, mientras trataban de entender un idioma extranjero, señala que “ella nunca tuvo prueba más asombrosa de la aptitud de Charlie para adquirir rápidamente una lengua [diferente]” (Speedy, 1884: p. 73). Y su admiración es aún más evidente cuando afirma que frente a una complicada situación, “él se hizo cargo del problema y yo apenas me enteré de las dificultades” (Speedy, 1884: p. 98).

Son escasísimas las oportunidades en las que Lady Florence nos recuerda que viaja acompañada; incluso en algunos momentos, pareciera como si ella estuviera prácticamente sin nadie más en el recorrido. Solo se refiere a Beaumont como “mi esposo”, ni siquiera señala su nombre. No aparece conforme al rol protector propio del padre de familia en la época victoriana; Dixie, en su testimonio, se defiende sola y sola sale de los apuros y contratiempos. Poco se dice de su papel dentro de la tropa y de su participación en las expediciones. Esta diferencia también se puede apreciar en el relato de otra inglesa famosa, Nora Beatrice Gardner, quien estuvo en la India en 1892 y realizó grandes cacerías en Canadá, Australia y Somalia. En su diario sobre la India, también recalca su habilidad como cazadora, pero se preocupa de incluir constantemente a su esposo en su testimonio, sin olvidar que él es el otro gran participante de su narración (Czech, 2002: p. 26).

Su desafío al mundo victoriano es evidente cuando se muestra como alguien que no requiere de ayuda ni socorro, oponiéndose constantemente a la imagen de mujer pasiva y dócil. Con esto cuestiona uno de los argumentos fundamentales que rodeaban a las mujeres en esa época; el creer que ellas necesitan de protección parece totalmente infundado después de leer *Across Patagonia* (McKenzie, 2012: p. 51). Pese a que en otros relatos las británicas también se presentaban como valientes y activas, ella es más audaz y no deja espacio alguno para considerarla dentro del tipo de mujer que pese a sus logros, no desconoce qué papel juega en su sociedad. Su actitud es desconcertante, pues aunque cumple con la “norma” victoriana de ir acompañada, parece contradecirla en su totalidad al insistir innumerables veces que todo lo hacía por su cuenta. Aunque al inicio de su narración presenta a todo su grupo, después apenas reconoce requerir de su ayuda.

No solo afirma que ella como mujer puede hacer las mismas actividades que los hombres, y a veces incluso mejor, sino que en varias oportunidades destaca la equidad de roles en las tareas durante el recorrido. Si ella puede ensillar, cazar e ir al frente del resto, sus acompañantes masculinos también pueden realizar labores “domésticas”. El pasaje más patente de esto, es cuando señala que tras regresar de una excursión en la que solo participaron

ella y tres de sus compañeros, encontraron a los demás muy ocupados preparando la cena (Dixie, 1996: p. 172). Su descripción de esta escena es importante, porque quien está vigilando la olla con la comida es el barón Dixie, demostrando así, una inversión de los clásicos roles del marido y la mujer en el mundo victoriano. En la Patagonia puede permitirse una autonomía excepcional; ella sale de paseo y su esposo la espera con la comida servida. Por esta razón, es posible afirmar que Florence Dixie buscó hacer de la Patagonia un lugar idílico, en donde las mujeres podían sentirse emancipadas de las limitaciones de su sociedad. En esta obra, a diferencia de otros textos de viaje femeninos, la relación entre los sexos se da en una situación de igualdad.

Su afán de protagonismo la lleva a no tomar en cuenta una de las cualidades propias de las damas inglesas de aquella época: la modestia. Las mujeres que escribían textos de *travel writing* ansiaban ser reconocidas, pero un buen número mantenía cierta reserva frente a sus logros. Hay incluso viajeras que publicaban sus historias sin revelar sus identidades, a pesar de haber realizado expediciones de gran riesgo, pues no a todas las viajeras les gustaba darse a conocer. Dixie, por el contrario, buscaba el reconocimiento. Los medios muchas veces señalaron que era conocida por su carácter egocéntrico y ella misma refuerza esta apreciación en sus obras, particularmente en *Across Patagonia*. En este relato son innumerables las ocasiones en las que destaca sus habilidades. Se describe como una persona de mente activa, gran deportista y sobre todo valiente. Ciertos rasgos narcisistas de su personalidad, junto con el creciente individualismo propio del siglo XIX, influyeron en su manera de escribir, situándose constantemente como el centro de la historia.

Lo mismo hacen otras mujeres, pero la mayoría de una manera más sutil. Incluso Isabella Bird, que en méritos aventaja a Florence Dixie, comienza uno de sus textos más conocidos diciendo: “Estas cartas, como su mismo estilo lo indica, se escribieron sin la intención de ser publicadas” (Bird, 1881: p. vii). Ciertamente o no, Miss Bird tiene sobrados motivos para que sus recorridos por América del Norte, Japón y Persia (Irán), captaran gran interés, pero mantiene cierta actitud de discreción. En sus publicaciones no

esconde su orgullo por todo lo conseguido, pero no insiste tanto como Dixie en que está realizando algo digno de elogio. Con el fin de cuidarse de posibles críticas, en sus obras valora el decoro y la femineidad, aunque realice actividades no convencionales. Gertrude Bell también llamó la atención de la audiencia victoriana gracias a su travesía por el Medio Oriente, en lugares como Siria y Persia. A pesar de sus hazañas, por petición de su familia y por su propia modestia, su primera obra fue anónima lo que la llevó a tener una pobre opinión de sus aptitudes literarias (Bell, 1928).

Otra gran diferencia entre Lady Dixie y sus pares, se aprecia en el modo de presentar las actividades que realizan en sus recorridos. En este sentido, lo que más llama la atención son sus descripciones en las grandes cacerías. A pesar de que con el correr de las décadas las mujeres comenzaron a participar en este pasatiempo, no era lo corriente. Muy pocas explotaban ese aspecto y lo subrayaban en sus diarios. Las que sí lo hacían, lo utilizaban como “una poderosa expresión de emancipación femenina” (Czech, 2002: p. 9). En el testimonio de N. B. Gardner sobre su viaje a la India (1895) se puede apreciar que uno de los propósitos principales de su estadía en el país asiático era la caza, y ella misma, en algunas ocasiones, describe con satisfacción su maestría en este deporte; sin embargo, se muestra mucho más compañera de su marido y más modesta en sus logros que Florence Dixie en la Patagonia.

Hay otros dos ejemplos de cazadoras que se asemejan más al caso de Dixie: Mrs. T.H. Tyacke e Isabel Savory. Tyacke estuvo dos años en la India practicando este deporte junto a su esposo. Tras estos viajes, publicó *How I Shot My Bears* (1893), obra en la que manifiesta con orgullo, cuánto gozaba de este pasatiempo. Algo similar relata Savory en *A Sport woman in India* (1900), al describir la emocionante persecución de tigres en el país asiático. Ambas escritoras buscan narrar una experiencia que, desde el punto de vista femenino, es inédita, por lo que justifican constantemente su actuar. Como los hombres ya se habían consolidado como autores de textos y manuales deportivos, estas viajeras, al igual que Dixie, intentan destacarse como mujeres intrépidas, atléticas y aventureras (Gates, 2002: pp. 308-309), sin embargo, se diferencian de ella en dos aspectos: no manifiestan ningún sentimiento de culpa o ternura

hacia los animales, algo que sí está presente en la obra de Lady Florence, pese a haber cazado un sinnúmero de ejemplares en sus travesías; y ambas –Tyacke y Savory– sitúan a sus maridos como grandes protagonistas del relato.

Florence Dixie dedica muchos pasajes a describir la persecución de guanacos y ñandúes (o avestruz americana) en la región austral, y se presenta a sí misma como una excelente tiradora. Su innata habilidad le significó ser reconocida por ello, lo que la prensa de su época resaltó muchas veces. La escritora británica no oculta lo mucho que disfrutaba de esta actividad y lo bien que la hacía demostrar que podía estar a la par con el resto de su tropa. Confesaba, que ella “tenía el egoísmo, aunque estoy segura de que los cazadores me disculparán, de querer matar yo misma el primer guanaco” (Dixie, 1880: p. 91).

La cacería de estos auquénidos y sobre todo la del ñandú, terminó por convencerla de las dificultades de montar de lado, por lo que en ese viaje decidió dejar la silla femenina para poder cabalgar con mayor libertad. Fueron pocas las viajeras que preferían utilizar la montura masculina para realizar grandes cacerías o largas excursiones. En su obra patagónica, Dixie no esconde que se siente más cómoda con este cambio. Medios como *The Wichita Daily Eagle* corroboraban esta información al señalar que Florence aparecía audazmente montada con una pierna a cada lado y que se había convertido en una de las impulsoras del movimiento a favor del “cross saddle” (silla de cruz) para las mujeres (“One Noble”, 1902). Tras recordar una cacería de avestruces, ella misma reconoce que si no hubiera adoptado la silla masculina, se habría matado, por lo que recomienda a aquellas que cabalgaran por la Patagonia, abandonar la montura femenina (Frawley, 1994: p. 108).

Sus descripciones sobre estos pasatiempos “están muy alejadas de la convencional imagen de mujer victoriana. Para algunos lectores del siglo XIX, Dixie aparecía como una mujer salvaje (...) Proveía un paradigma alternativo del ideal victoriano de femineidad” (McKenzie, 2012: p. 53). No era la primera ni mucho menos la única en desafiar estas costumbres, pero sí fue una de las

pocas que lo hizo con tanta vehemencia. En la época eduardiana (1901-1910) comenzó a ser más común que las mujeres cazaran, pero hacia 1880, todavía era muy reprochado. En 1889, un artículo de la revista *The Saturday Review*, titulado “Manly Women”, criticaba duramente a aquellas que participaban de las partidas de caza:

Las damas están ahora uniéndose a las cacerías, y no solo dañan el espíritu y los procedimientos de este pasatiempo, sino que esto no es para nada una ocupación femenina (...) de seguro produce una insensibilidad frente al sufrimiento que es totalmente contraria al verdadero instinto femenino y su dulzura (Czech, 2002: pp. 73-74).

Florence Dixie no le tenía miedo a la crítica social, ni escondió su condición de amazona y cazadora; tampoco se excusó por contradecir las convenciones de su sociedad. Solo en ciertas ocasiones justificó su actuar, pues lo que más le interesaba transmitir en sus escritos, era rescatar la fuerza y capacidad de las mujeres. Quería demostrar que no necesitaba la ayuda de los hombres, apartándose así, de viajeras como Gertrude Bell o Marianne North, quienes se cuidaban de mostrarse como mujeres demasiado independientes. Kingsley, que asombró al público con su aventura africana y al mundo científico con la gran colección de especímenes que reunió, sorprendentemente decía: “Una gran mujer, ya sea en lo intelectual o físico, superará a un hombre corriente, pero ninguna mujer podrá igualar jamás, a un gran hombre” (Kingsley, 1897: p. 659). Muy lejos de Dixie, que en una de sus novelas infantiles señalaba: “A girl can be as brave, aye, than a boy; a woman as great, aye greater, than a man” (Mackintosh, 2010: p. 85)ⁱⁱ.

Otra característica que distancia a esta inglesa de sus compatriotas, es la actitud que adopta al retornar a su hogar. Mientras gran parte de las viajeras buscaba mantener una postura más conservadora al regresar, con el objetivo de mitigar la desaprobación y los posibles reproches, Florence Dixie parecía proponerse todo lo contrario. La mayoría de las viajeras “se

mostraban impacientes por asegurar que no estaban desafiando nada aparte del hecho de emprender una particular aventura” (Birkett, 2004: p. 42), pero Dixie buscaba mostrarse lo más audaz posible. Las que tuvieron éxito con sus relatos, aprovecharon su fama para participar más en el ámbito público, pero solo algunas llevaron a cabo un activismo tan desafiante y productivo como esta inglesa. Gran parte de ellas preferían seguir adoptando posturas convencionales en temas como el sufragio y fueron pocas las viajeras que se sumaron abiertamente a la causa por el voto femenino. Sus más célebres pares, como Kingsley, Marianne North y Gertrude Bell, eran muy conservadoras en su diario vivir y solo se sentían verdaderamente libres lejos de su patria. Lady Dixie, por el contrario, luchó por introducir la misma sensación de autonomía que experimentaba en sus viajes, dentro de su propia sociedad. Sin temor a las represalias, ella afirmaba que si las mujeres se organizaran y se unieran a esta causa, no habría que esperar mucho tiempo “y antes de 1900, se podría conseguir que nuestro sexo lograra una completa emancipación” (“For and About”, 1892).

Si bien muchas aventureras fueron feministas y escribieron en favor de las mujeres, pocas victorianas compartieron los mismos ideales que Dixie en las décadas en las que registró su mayor actividad. Se asemeja más a la feminista francesa Flora Tristán, pionera indiscutida en este ámbito, que al igual que ella se valió de su fama como viajera para comenzar a publicar. Tristán intentó resaltar en sus obras ejemplos de mujeres fuertes e independientes, como así lo demuestra su relato *Peregrinaciones de una paria* (1834). En esta narración construye un tropo que Mary Louise Pratt denomina “feminotopias”; “episodios que presentan mundos idealizados de autonomía, poder y placer femeninos” (Pratt, 1997: p. 292), con el fin de difundir sus ideas acerca de la mujer. Algo similar hace la inglesa cuando destaca su propia experiencia en la zona austral. Se describe como una verdadera heroína, que goza de una autonomía única, superando no solo los obstáculos en su viaje, sino los de su propia sociedad.

Por supuesto que existían feministas inglesas a fines del siglo XIX, pero que además fueran viajeras reconocidas y se atrevieran a expresar opiniones opuestas a los ideales familiares y femeninos del

mundo victoriano, era una categoría difícil de encontrar. En el siglo XIX, mientras que “un grupo minoritario de mujeres se crearon una identidad pública a través del feminismo, tanto por medio de la escritura como por sus talentos organizativos” (Duby & Perrot, 2005: p. 520), muchas otras se asustaron frente a estas nuevas ideas a favor de los derechos de la mujer y vieron esta lucha con cierta desconfianza. Dixie se anticipó en muchos temas a las batallas que tendrían las feministas décadas después.

La transformación de esta británica –de aventurera a activista– fue, por lo tanto, un cambio muy inusual. Generaba mucha molestia en los círculos más conservadores su férrea defensa de los animales, de la independencia de Irlanda, de los derechos de la mujer y todo un sinnúmero de causas “incómodas”, tales como el divorcio y el control de la natalidad. Su viaje a Sudáfrica fue duramente criticado por algunos medios por el mal ejemplo que estaba transmitiendo y así lo manifestaba la revista *London Figaro* cuando se supo de su partida: “Pensamos que nuestras patricias, no debieran seguir a la ligera el ejemplo de una hermosa amazona que pronto estará en el Transvaal” (Frawley, 1994: p. 103).ⁱⁱⁱ

Otro aspecto relevante fue un repentino cambio que experimentó años después de sus viajes, al convertirse en una férrea opositora de las grandes cacerías, lo que sorprendió a sus contemporáneos. Pasó de desafiar a toda una generación con sus habilidades como cazadora, a poner en tela de juicio uno de los entretenimientos preferidos de la nobleza británica. Como afirma Keneth Czech “pocas mujeres vivieron una metamorfosis como la que tuvo Florence Dixie” (Czech, 2002: p. 33) y así también lo describe *The Sunday Star* en 1905, tras su fallecimiento: “De repente dejó las armas y comenzó a escribir artículos en revistas y periódicos, y dar conferencias sobre lo brutal y horroroso que es aquello que se suele designar como un deporte” (“Death of”, 1905). El resultado de esta decisión fueron dos obras: *The Horrors of Sport* (1891) y *The Mercilessness of Sport* (1901), en las que manifiesta las razones que la llevaron a tomar esta determinación y expone por qué considera que este pasatiempo es tan cruel. En ambos textos explica que estaba consciente de que ella alguna vez formó parte de ese mundo,

pero fue capaz de darse cuenta de que era una actividad despreciable (Dixie, 1905: p. 5).

Es sorprendente ver cómo una mujer que se vanagloriaba tanto de sus dotes como cazadora pasara a oponerse por completo a ello. Algunos medios afirmaban que la verdadera razón de este cambio, fue un terrible incidente que tuvo lugar durante su viaje a la Patagonia. Según *The Sunday Star*, mientras aprendían a utilizar boleadoras para cazar avestruces, la falta de práctica la llevó a errar en la dirección y golpear a uno de los guías, ocasionándole la muerte. Al parecer, luego de este desafortunado accidente volvieron de inmediato a Punta Arenas, dejaron dinero para la viuda y se embarcaron rápidamente (“Death of”, 1905)^{iv}. Este hecho no fue comprobado ni tampoco mencionado nunca por Dixie en sus escritos, pero de ser verdadero, puede haber influido en su posterior abandono de este pasatiempo. En todo caso, esta transformación tuvo lugar años después de su travesía por América del Sur, lo que pondría en duda esta historia.

Si bien buscó demostrar y dar a conocer su arrepentimiento con la publicación de *The Horrors of Sport*, en esta obra igualmente destaca sus habilidades de antaño e incluso, señala que algunos la llamaban una “female Nimrod”, haciendo referencia al rey mesopotámico de la tradición bíblica, conocido como un poderoso cazador (Dixie, 1905: p. 5). Su excesiva confianza en sí misma y su propia vanidad, no le permitían hacer una autocrítica más honesta, pues se justificaba señalando que ella cazaba por complacer a otros, y que en sus viajes solo lo hacía para obtener alimento (Dixie, 1905: p. 6). En realidad, las fuentes revelan cómo disfrutaba en las cacerías y lo bien que la hacía sentirse superior a sus pares. Pese a todo, su remordimiento parece sincero en una entrevista publicada en *The Desert Evening News* en 1904, en que reconoce que el recuerdo de esas bárbaras escenas la perseguía (Needless Slaughter, 1904). Para demostrar que había abrazado esta causa por completo, decidió nunca más comer carne (“One Noble”, 1902).

Sin duda, este cambio estaba muy vinculado a su gran amor por los animales, que se aprecia incluso en su época como cazadora. Este afecto por el mundo animal la llevó a adoptar muchísimas

mascotas, desde un perro vagabundo que acogió en Punta Arenas, hasta un pequeño jaguar recogido en su paso por otros lugares de América del Sur. Estaba convencida de que con bondad y cariño era posible domesticar un animal salvaje, como así lo demuestra en unas de sus cartas a Charles Darwin en 1880. En su correspondencia con este célebre científico, afirmaba que aunque más tarde se vio obligada a dejar a su querido jaguar en un zoológico, “este animal fue mi más fiel compañero, siguiéndome a todas partes como un perro (...). Menciono lo anterior con el afán de demostrar que estos animales pueden ser domesticados” (Martinic, 2009).

Muchas británicas de la época victoriana también hicieron propia la protección del mundo animal y se sumaron a esta causa. A principios de 1800, se comenzaron a fundar organizaciones que respondían a esta mentalidad y buscaban demostrar que esta preocupación femenina no era un signo de debilidad, sino una fortaleza. Ya para la década de 1890, muchas mujeres habían tomado parte activa en este tipo de instituciones como la “Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animal” y alzaron la voz a través de artículos, cartas, congresos e incluso por medio de la literatura (Gates, 2002). Por ejemplo, una de las novelas inglesas más famosas de la segunda mitad del siglo XIX, fue *Black Beauty* (1877), de Anna Sewell. En esta obra se aprecia la sensibilidad de la autora con respecto al maltrato animal y su clara oposición a las cacerías, presentadas como una manera trágica de desperdiciar la vida (Gates, 2002: p. 87). Esto demuestra que Florence Dixie no estaba sola en estas batallas. Pero dentro del grupo de trotamundos victorianas, no hay otra como ella: primero realizó una llamativa campaña para destacar a las mujeres como cazadoras y, luego se transformó en la más implacable antagonista de este deporte. No se encuentran ejemplos como este en las biografías de otras viajeras famosas, salvo en el caso Nora B. Gardner que, al parecer, también dejó la cacería y se involucró en el activismo político (Czech, 2002: p. 27). Sin embargo, los escritos de Dixie y sus iniciativas fueron más conocidos y generaron mayor repercusión en su sociedad que las actividades de Mrs. Gardner u otras.

Por lo general, la gran preocupación de las viajeras se concentraba en la educación y pocas traspasaron el terreno político. El feminismo comenzó su bandera de lucha por una igualdad en el área educativa y, en tal sentido, estas aventureras fueron un gran aporte, al abrir para sus pares, con su ejemplo y determinación, espacios antes limitados y nuevas oportunidades. Si bien lograron que la mujer comenzara a ser tomada en serio en el plano intelectual, la mayoría mantuvo una postura conservadora en los temas políticos y no tomaron parte activa en causas feministas. Las viajeras procuraban aprovechar al máximo la libertad que sentían lejos de sus hogares, pues, al regresar a Gran Bretaña, esa soñada emancipación era recordada con nostalgia. Lady Dixie por el contrario, siguió luchando para mantener esa misma independencia en su propia patria, característica que la convierte en una mujer muy singular.

Por último, un aspecto de gran relevancia para reafirmar que estamos ante una viajera atípica, es la región que eligió como primer destino de sus travesías. Las victorianas demostraron con sus experiencias que eran muy pocos los lugares donde no se podían aventurar, pero esta inglesa fue aún más audaz porque eligió una zona absolutamente inusual, propiedad de unos pocos y reconocidos aventureros desde Magallanes a Darwin. Ni el Tíbet, ni Sudáfrica ni la India eran, en ese entonces, tan exóticos como Patagonia. Parecía responder a la perfección la idea de que “mientras más en blanco apareciera un lugar en el mapa, mejor podrían proyectarse las ambiciones e ideas de las mujeres” (Birkett, 2004: p. 28). Cuando sus pares seguían la moda de ir a lugares cálidos, con climas templados y tropicales, ella optó por una tierra fría y desconocida. Un recorrido con fines atléticos contribuyó a hacer de esta victoriana una viajera diferente, porque hasta entonces ninguna mujer, había tenido la “loca” idea de visitar este lugar por motivos recreativos; dejando

atrás una cómoda vida en Gran Bretaña para ir en busca del guanaco y el avestruz, el silencio y la soledad.

3. CONCLUSIÓN

Across Patagonia fue uno de los textos de *travel writing* sobre América que más renombre alcanzó en la segunda mitad del siglo XIX, junto con las obras de otras viajeras como la austríaca Ida Pfeiffer (*A Woman's Journey Round the World*, 1850) y la escocesa Fanny Calderón de la Barca (*Life in México*, 1843) (Pratt, 1997: p. 299). Tuvo una entusiasta recepción y fue traducida al alemán dos años después, bajo el título *Entre los Patagones. Una amazona a través de inexplorados lugares de caza*, nombre que refleja parte de los aspectos principales de su travesía: una mujer cabalgando en medio de las pampas, cazando en regiones poco conocidas. Dixie logró cautivar al público gracias a sus dotes como narradora y a lo original de su aventura, al presentarse como una mujer salvaje e intrépida.

Además del placer de viajar, existía en Dixie el deseo de demostrar las capacidades de la mujer tanto en lo físico como en lo intelectual, sobre todo, en la actividad literaria, que finalmente fue su vehículo para influir en su sociedad. Su travesía por la Patagonia le sirvió de base para tener una autoridad que le permitiese mostrar sus puntos de vista, ya que buscó usar su experiencia como trotamundos para defender sus ideas. Para ella y para gran parte de sus pares, los viajes constituyeron “una manera de repensar su rol en la sociedad, forjar vínculos con movimientos sociales, intelectuales y políticos más amplios” (Frawley, 1994: p. 205). En el mundo victoriano, los viajes fueron una herramienta eficaz en la lucha por la emancipación femenina. Si bien la gran mayoría de las trotamundos seguían manteniendo las mismas costumbres al regresar, viajar significó para ellas ampliar su campo de actividad, más allá del entorno doméstico. Las británicas de la era del imperialismo, se atrevieron a visitar tierras distantes y buscaron su realización personal a través de esta experiencia. El viaje no solo se convirtió en un proceso de aprendizaje, sino también en una manera de involucrarse en la vida pública.

En una época donde aún no tenían plenos derechos, la literatura era una forma de dar opinión, una manera de proporcionarle a la mujer un ámbito en donde también se sintiera partícipe de la sociedad que la rodeaba. Los viajes les permitieron a muchas ganarse ese espacio. En América Latina, mujeres como la argentina Juana Manuela Gorriti (1818-1896) –una de las novelistas hispanoamericanas más importantes del siglo XIX–, y la chilena Maipina de la Barra (1834-1904), obtuvieron el reconocimiento del público gracias a sus travesías y a sus testimonios. Por medio de sus experiencias literarias, estas mujeres pudieron sentirse más involucradas en los problemas de su tiempo. El caso de Florence Dixie en este sentido, no es muy distinto de los personajes mencionados. Como mujer no podía votar, pero como escritora sí podía opinar. Su estadía en la Patagonia le abrió las puertas que necesitaba para empezar a ser reconocida.

Si bien un sinnúmero de victorianas se dedicaron a viajar, un número menor ganó notoriedad gracias a sus textos; y solo una pequeña parte de este grupo, hizo de su faceta como viajera una verdadera profesión. Fueron pocos los casos de aquellas que se valieron de esta fama para luchar por los derechos políticos y civiles de la mujer. A esta última categoría pertenece Lady Dixie, quien por su obra y personalidad, terminó convirtiéndose en una trotamundos atípica. Sus obras hoy constituyen en su mayoría un conjunto de “voces olvidadas”; pero son una rica fuente de textos victorianos que reflejan muchos de los cambios que comenzaron a vivir las inglesas en las últimas décadas de esa centuria.

Florence Dixie falleció sorpresivamente de difteria en 1905, a los cuarenta y ocho años. Dejó como legado una gran cantidad de escritos y una bullada lucha por los derechos de la mujer, además de batallar por otras causas que luego tendrían protagonismo en el siglo XX. Si bien realizó otros viajes, fue su visita a la región austral la que más la marcó como escritora. Su expedición por la Patagonia había sido más que una gran aventura. No solo puso en valor un territorio muy desconocido, sino que además, se convirtió en uno de los grandes ejemplos de cómo la mujer del siglo XIX, logró abrir espacios en la sociedad a través de los viajes. Gracias a ello, obtuvo una realización personal que difícilmente habría podido

alcanzar, si no hubiese decidido irse al lugar “más apartado del mundo”.

REFERENCIAS DOCUMENTALES

- ADAMS, William. D. 1883. **Celebrated Woman Travellers of the Nineteenth Century**. E.P. Dutton and Co, Nueva York. Obtenido de <https://archive.org/details/celebratedwoment00adamrich>
- ARIÉS, Phillipe., & DUBY, Georges. 2001. **Historia de la vida privada, vol.4**. Taurus, Madrid (España).
- BELL, Gertrude. 1928. **Persian Pictures**. Ernest Benn Limited, Londres. Obtenido de <https://archive.org/details/gertrudebellpers031189mbp>
- BIRD, Isabella. 1881. **A Lady's Life in the Rocky Mountains**. John Murray, Londres. Obtenido de <https://archive.org/details/aladyslifeinroc00birdgoog>
- BIRKETT, Dea. 2004. **Off the Beaten Track: Three Centuries of Women Travellers**. National Portrait Gallery, Londres.
- CZECH, Keneth. 2002. **With rifle and petticoats**. Derrydale Press, New York.
- Death of a Remarkable Woman. (19 de noviembre de 1905). *The Sunday Star*, pág. 7.
- DIXIE, Florence.1880. **Across Patagonia**. Bentley, Edinburgh (Gran Bretaña).
- DIXIE, Florence. 1905. **The Horrors of Sport**. A.C. Fifield, Londres.
- DIXIE, Florence. 1996. **A través de la Patagonia**. (M. Martinic, Ed., R. Martelli, & M. T. Velasco, Trads.).Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas (Chile).
- DUBY, Georges., & Perrot, Michelle. 2005. **Historia de las mujeres en Occidente, vol. 4**. Taurus minor, México.

For and About Women. (6 de mayo de 1892). *The Helena Independent*, 6 de mayo, 1892.

FRAWLEY, Maria. 1994. **A Wider Range: Travel Writing by Women in Victorian England**. Fairleigh Dickinson University Press, New Jersey (USA).

GATES, Barbara. 2002. **In Nature's Name: An Anthology of Women's Writing and Illustration 1780-1930**. The University of Chicago Press, Chicago (USA).

GOODMAN, Ruth. 2014. **How to be a Victorian**. Liveright Publishing Corporation, New York (USA).

HODGSON, Barbara. 2006. **Señoras sin fronteras: las mujeres y la aventura**. Lumen, Barcelona (España).

KINGSLEY, Mary. 1897. **Travels in West Africa: Congo Francais, Corisco, Cameroons**. Macmillan and Co, New York (USA).
Obtenido de <https://archive.org/details/travelsinwestafr00kingrich>

MACKINTOSH, Fiona. 2010. "Travellers's Tropes: Lady Florence Dixie and the Penetration of Patagonia". En F. Peñaloza, C. Canaparo, & J. Wilson, **Patagonia: Myths and Realities**. Peter Lang, Berlin (Alemania).

MAINO, Valeria. 2014. **Testimonios del Yo**. Ed. Origo, Santiago (Chile).

MARTINIC, Mateo. 2009. "Cartas de Lady Florence Dixie a Charles Darwin". **Magallania**: 1(37), 221-222. Obtenido de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442009000100018>

MCKENZIE, Precious. 2012. **The Right Sort of Woman: Victorian Travel Writers and the Fitness of an Empire**. Cambridge Scholars Publishing, Newcastle (UK).

MITCHEL, Sally. 1995. **The New Girl: Girl's Culture in England (1880-1915)**. Columbia University Press, New York (USA).

Needless Slaughter. (23 de julio de 1904). *Desert Evening News*.

One Noble Women. (28 de septiembre de 1902). *The Wichita Daily Eagle*.

PRATT, Mary Louise. 1997. **Ojos Imperiales: literatura de viajes y transculturación**. Universidad Nacional de Quilmas, Buenos Aires (Argentina).

ROBINSON, Jane. 1995. **Unsuitable for Ladies: an Anthology of Women Travellers**. Oxford University Press, Oxford (Gran Bretaña).

SPEEDY, Cornelia. 1884. **My Wanderings in Soudan**. Richard Bentley, Londres(Gran Bretaña). Obtenido de <https://archive.org/details/mywanderingsinsou02speeuoft>

¹ Como afirma la historiadora Valeria Maino, las corrientes literarias autorreferentes, como los relatos de viaje, se dan principalmente en “épocas prolongadas de auge económico, cuando la sociedad en su conjunto tiene la convicción de ser exitosa, capaz de enfrentarse y de resolver cualquier desafío encaminado a mantener y ampliar su dominio económico y territorial” (Maino, 2014, pág. 19).

¹ “Una niña puede ser más valiente, sí, que un niño; una mujer, tan o más destacada, sí, que un hombre”.

¹ El Transvaal era una provincia sudafricana, uno de los focos del conflicto entre Gran Bretaña y los Boers.

¹ Las boleadoras eran un tipo de arma indígena utilizada por los tehuelches. Consistía en una cuerda a la cual se le amarraban bolas de piedra. Al lanzarlas, el animal era fuertemente golpeado y quedaba atrapado entre las cuerdas.



**UNIVERSIDAD
DEL ZULIA**

opción

Revista de Ciencias Humanas y Sociales

Año 32, Especial N° 13, 2016

Esta revista fue editada en formato digital por el personal de la Oficina de Publicaciones Científicas de la Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia.
Maracaibo - Venezuela

www.luz.edu.ve

www.serbi.luz.edu.ve

produccioncientifica.luz.edu.ve